

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Tres etapas de la democracia venezolana en la mirada argentina (1945-2005).

Rivas, Ricardo Alberto (Universidad Nacional de La Plata).

Cita:

Rivas, Ricardo Alberto (Universidad Nacional de La Plata). (2007). *Tres etapas de la democracia venezolana en la mirada argentina (1945-2005)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/1012>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Tres etapas de la democracia venezolana en la mirada argentina. Los imaginarios políticos (1945-2005)

Ricardo Alberto Rivas
Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

En su acepción más general el término imaginario alude a la peculiar capacidad humana de representar cosas y procesos, y de conformar creencias colectivas articulándose con lo real y lo simbólico. Mientras que lo real no puede expresarse ni representarse pues en ese caso no es esencialmente el objeto mismo, sí está presente mediado por lo imaginario y lo simbólico.

De manera más circunscrita, imaginario social evoca a la percepción o imagen que el colectivo tiene de la realidad social, considerando que la misma es a fin de cuentas una organización imaginaria, ordenadora de la relación entre sus integrantes.

En el caso del análisis abordado en este artículo el término imaginario está aún más restringido, pues se refiere al imaginario político como suma de representaciones emparentadas con la esfera del poder y su acción sobre la sociedad, solo que su lógica sustentación no puede desligarse de la actividad imaginaria en su conjunto ni de los restantes registros que la mente humana realiza.¹

Sobre los imaginarios políticos en Venezuela se han publicado en dicho país interesantes artículos que no obstante su rigurosidad, no dejan de estar sesgados por las profundas tensiones derivadas del alto grado de conflictividad política existente en la actualidad. Estos trabajos aluden a distintos aspectos del imaginario venezolano e incluyen estados de la cuestión sobre el uso de una categoría que en los últimos años ha resultado ser un importante aporte teórico al sumarse y/o reconsiderar conceptos tales como psiquismo, utillaje mental, mentalidades, ideología, conciencia social, formas de la conciencia social, etc.

¹ Esta categoría ha recorrido un accidentado pero fructífero trayecto epistemológico. La bibliografía al respecto no se cita en este artículo por no haber sido específicamente consultada más que de manera indirecta o por tratarse de lecturas ocasionales realizadas para otros fines.

Varios de estos trabajos incluyen un estado de la cuestión o una discusión bibliográfica que dan cuenta del trayecto recorrido por el uso de esta contribución al estudio de la ideología, siendo orientadores para explorar este campo que hace poco más de dos décadas era raramente conocido.²

Parte considerable de la información empleada en esta ponencia ha sido utilizada en trabajos anteriores, por lo cual para su constatación se citan cuatro de ellos donde la misma ha sido consignada en detalle y al mismo tiempo para aliviar al lector de excesivas referencias bibliográficas.³

La noción de democracia en el pensamiento venezolano ha sido un lugar de debate con interpretaciones muy diversas, abarcando desde la valoración de prácticas igualitarias en el siglo XIX hasta la forma de selección política ejercida por una ciudadanía ampliada, formalmente representativa de la soberanía popular.

Una democracia es como mínimo, un mecanismo que garantiza decisiones por mayoría de la población adulta, sin discriminaciones y plena garantía de libertades individuales y asociativas, y es en este sentido que se considera la democracia venezolana.

La democracia, como sistema de representación de la soberanía popular es parte fundamental del imaginario político venezolano. En razón de ello, la intención es analizar diversas dimensiones del imaginario venezolano en tres etapas de la historia institucional democrática, con alguna referencia a percepciones recibidas en algunos ámbitos argentinos.

² Menciono tres. El primero, un análisis pionero sobre imaginario político del período que analiza; el segundo, una revaloración del mito bolivariano en oposición a las críticas su uso político y el tercero sobre la cuestión petrolera. Cf. Luis Ricardo Dávila. "La formación de los imaginarios políticos en América Latina. El caso de Venezuela, 1945-1948", en *Revista venezolana de Ciencia Política*, n° 9, enero-abril de 1995. Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Los Andes. Venezuela, pp. 61:97. Pascual Mora. "Bolívar, imaginario social", en *Cifra Nueva*, 15. Trujillo-Venezuela.enero-junio de 2002, pp.102:113. Mazhar Al Shereidah. "La dimensión imaginaria en la nacionalización petrolera", en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 12 n°1. enero-abril de 2006. Universidad Central de Venezuela, pp.125:146.

³ "Ecos de la Reforma Universitaria en Venezuela". En *Pasado y Presente. Revista de Historia*. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Venezuela. Año IV n° 8. Julio-diciembre 1999, pp.7:24.- "Populismo y neopopulismo en Venezuela", en *Cuadernos del CISH* n° 6. Centro de Investigaciones Socio Históricas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Segundo Semestre de 1999, pp. 243:259. "Noticias de Venezuela" (colaboración). En *Aportes para la Integración Latinoamérica* Publicación digital. Instituto de Integración Latinoamericana. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Año XII n° 14, junio de 2006. "Rómulo Betancourt, Juan D. Perón y el 17 de octubre de 1945". Aprobado para su publicación en la *Revista Sociohistórica*. UNLP.

La primera, transcurre entre 1945 y 1948 cuando en Venezuela se incorpora el voto de los analfabetos, de las mujeres y de los jóvenes a partir de los 18 años, y se establece el voto directo. La segunda comienza en 1958, cuando se inicia la transición hacia la democracia tras el golpe militar que derrocó al gobierno democrático en 1948. La última tiene como precedente la crisis de los partidos políticos, el triunfo en diciembre de 1998 de Hugo Chávez y el inicio de un nuevo proceso.

Las tres etapas han estado signadas por una considerable conflictividad social y política, cada una con sus peculiares características. También en cada una de ellas el imaginario político de la democracia venezolana integró a imaginarios sociales como el bolivarismo, la soberanía popular, y el nacionalismo petrolero.

Primera etapa (1945-1948)

El 18 de octubre de 1945 suele considerarse como natalicio de la democracia venezolana cuando fue derrocado el General Isaías Medina Angarita y se inició un trienio cívico-militar en cuyo transcurso se produjeron importantes cambios en el sistema político, impulsados por los circunstanciales aliados de los militares golpistas, dirigentes del Partido Acción Democrática reconocido legalmente en 1941.⁴

Estos dirigentes admitían que este alumbramiento rompía un hilo institucional, pero sostenían que por esa vía el *Pueblo* alcanzaba el poder y concluía así su exclusión política, dando fin a diez años de *postgomecismo*, tal como calificaban al decenio transcurrido desde la muerte del dictador Juan V. Gómez en 1935.⁵

Por su afinidad con el APRA peruano, Acción Democrática también se autodenominaba *Partido del Pueblo* pero en su caso el apelativo adquirió un significado

⁴ Los fundadores de Acción Democrática a finales de los años veinte eran jóvenes estudiantes simpatizantes de la Revolución Rusa, de la Reforma Universitaria de Argentina, de la Revolución Mexicana, del proyecto político del APRA. Al terminar la Segunda Guerra orientaron su preferencia hacia la socialdemocracia europea, asumiendo en la década del sesenta una posición cercana a la emanada de la Alianza para el Progreso oscilando entre la centroizquierda y la centroderecha según circunstancias, predominando en el tiempo la segunda tendencia.

⁵ Con variantes, el *postgomecismo* incluyó las Presidencias de los Generales Eleazar López Contreras (1936-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945), aunque el segundo se diferenció sensiblemente. Efectivamente, al asumir los comunistas lo tildaron de fascista pero meses después cuando la Unión Soviética entró en guerra variaron su actitud, pues se trataba ahora de un aliado en la lucha contra el nazi-fascismo. Finalizada la guerra, ante la próxima elección presidencial coincidieron militantes de Acción Democrática, comunistas y medinistas contra el eventual regreso del General López Contreras, pero no fue posible un acuerdo para sostener un candidato único y Acción Democrática quedó en oposición al Gobierno y a sus aliados comunistas.

sustancial en la construcción del imaginario político venezolano. Con Acción Democrática el *Pueblo* llegaría al poder y para ello debía modificarse el sistema electoral que constituía precisamente el obstáculo fundamental.

En efecto, el sistema de sufragio vigente excluía a la totalidad de las mujeres, a los analfabetos y a los jóvenes menores de 21 años, es decir la potencial base electoral de Acción Democrática según creían sus militantes que propios y extraños apodaron *adecos* por las siglas AD de su partido.

La vocación de poder de los *adecos* se reflejaba en el activismo de sus militantes y en su capacidad organizativa para expandirse por todo el país, pero las condiciones electorales restrictivas hacían poco probable alcanzarlo. En efecto, o se ampliaba la ciudadanía a los sectores populares y de esa manera mediante el sufragio podrían llegar a gobernar, o en su defecto tomaban el poder por la fuerza para desde allí democratizar el sistema político. La segunda opción les pareció más expedita, por lo cual los dirigentes de Acción Democrática se aliaron a oficiales descontentos dando sustentación política y social al golpe del 18 de octubre de 1945 que en sentido estricto fue una asonada castrense, aunque en el imaginario político quedó registrada como Revolución de Octubre.

Los civiles contribuyeron con un proyecto que imaginaron nacional que incluía el programa partidario y un supuesto apoyo popular. Del primero daban fe entre otras cosas, las propuestas políticas y programáticas del Partido, los polémicos artículos de Rómulo Betancourt, así como la comprometida producción literaria de intelectuales como Andrés Eloy Blanco y Rómulo Gallegos, entre otros ilustres militantes. Lo segundo debía ser demostrado y así lo hicieron en el mitin del 17 de octubre que en la plaza de toros de Caracas congregó a unas 20.000 personas, en el cual hablaron Rómulo Gallegos en su calidad de Presidente de Acción Democrática y otros dirigentes, cerrándolo el carismático Rómulo Betancourt.

Al día siguiente se produjo el hecho militar instalándose la llamada Junta Revolucionaria de Gobierno que con mayoría de adherentes de Acción Democrática impulsó importantes iniciativas para avanzar hacia un sistema político democrático. Además, hicieron su aparición nuevos partidos políticos como la Unión Republicana Democrática dos meses después del golpe y el Partido Social Cristiano COPEI a principios del año siguiente. La democracia de partidos parecía consolidarse tras el conjunto de las subsiguientes reformas.

En efecto, el 15 de marzo de 1946 se modificó la legislación electoral incorporando el voto a todos los venezolanos mayores de 18 años sin exclusiones, incorporando así el voto juvenil, el de los analfabetos y el de las mujeres, ampliando la participación ciudadana del 5% al 36% de la población.

Se consideró que ahora sí, el *Pueblo* podía ejercer su soberanía y tenía en Acción Democrática el medio para hacerlo. El 27 de octubre del mismo año se eligió la Asamblea Constituyente triunfando Acción Democrática con el 78% de los votos, demostrando que en efecto, era el Partido del Pueblo.

Aprobada la nueva Constitución en 1947, en diciembre de ese mismo año se realizaron las elecciones presidenciales mediante el voto universal, directo y secreto, y el 14 de febrero de 1948 asumió como Presidente Rómulo Gallegos, el primer mandatario electo con la mayor participación del voto popular.

La Constitución de 1947 tuvo corta vigencia pero es un importante testigo del imaginario político de la época expresado detalladamente en su texto que incorpora novedades tales como el conjunto de derechos sociales, enfatiza la base social y electoral del Poder, contiene como materia constitucional la economía nacional y otros aspectos que distinguen su contenido del derecho liberal clásico que había predominado en toda la historia constitucional venezolana.

La reforma agraria, las mejoras a la clase obrera, el incremento de la participación estatal en los beneficios petroleros y un discurso político que recurrentemente invocaba al Pueblo y a un nacionalismo moderado asustaron a inversores extranjeros y a un sector importante de la burguesía. Se fue constituyendo así un campo común de desconfianza que aglutinó a la oposición con el aliento de la iglesia católica y de la diplomacia norteamericana, produciéndose el golpe militar que derrocó a Rómulo Gallegos el 24 de noviembre de 1948.

Durante estos tres años el imaginario venezolano de anterior data tuvo una redefinición cualitativa, con nuevos significados de conceptos como democracia, pueblo, bolivarismo y riqueza petrolera.

La democracia como forma de elección política popular era desconocida antes de 1945 aunque como aspiración tenía precedentes tales como lo demandaban jóvenes

estudiantes que desafiaban a la dictadura de Juan V. Gómez en la década de 1910 y particularmente en la siguiente con el protagonismo de la llamada *Generación del 28*.⁶

Recorriendo un sinuoso camino ideológico algunos de los integrantes de esta generación organizaron en 1941 Acción Democrática que según sus dirigentes se constituiría en el artífice de una democracia que no solo sería “decente” sino popular. Así lo afirmaba Rómulo Betancourt en el discurso del mitin del 17 de octubre de 1945 que antecedió al golpe del día siguiente difundido por una radio que significativamente se llamaba *Ondas populares*. Dirigiéndose a “*todas las clases sociales venezolanas*” decía: “*Somos un partido político que se ha organizado para que este pueblo aquí congregado, para que el pueblo venezolano vaya al poder y nosotros con ese pueblo a gobernar*”.

El *Pueblo* según Betancourt, no lo integraban solamente aquellos que visten “alpargatas y blusa”, pues el movimiento político que lideraba tenía pretensiones policlasistas y aunque en su integración enfatizaba la presencia de campesinos, obreros y sectores medios, un recorrido de su trayectoria discursiva da muestra de la flexible adecuación a que estuvo sometida según fueran los destinatarios.

Acción Democrática transmutó el simple acuerdo con militares insurrectos en un acto de compromiso entre partido y pueblo, proyectándose la imagen de una nueva identidad emanada de la relación Partido-Pueblo.

En esta relación se asociaron dos símbolos que coadyuvaron a la conformación de un nuevo imaginario político. Por un lado, la existencia de un Partido del Pueblo y de un liderazgo reconocido; por el otro, la identificación del pueblo con *Juan Bimba*, personaje de leyenda popular que el escritor Andrés Eloy Blanco difundió en clave de ficción literaria durante la década de 1930 en la revista *Fantoches* y que precisamente representaba al pueblo con su vestimenta humilde de uso típicamente popular.

No podía faltar en esta etapa el culto a Simón Bolívar, cuyo uso político data de la segunda mitad del siglo XIX cuando se consolidó el Estado y se difundieron símbolos de la nacionalidad como la Historia Patria, el Himno Gloria al Bravo Pueblo y el rol fundacional de Simón Bolívar.

⁶ En 1929 Rómulo Betancourt y el escritor Miguel Otero Silva, quienes el año anterior habían participado en las luchas estudiantiles protagonizada por la que se autodenominó *Generación del 28* redactaron en el exilio el célebre panfleto *En las huellas de la pezuña*, proponiendo “una democracia decente”, en oposición a la dictadura y a las propuestas de los caudillos de matriz decimonónica.

El historiador Germán Carrera Damas ha analizado el uso del mito bolivariano, destacándose su trabajo *El culto a Bolívar* publicado en 1969 en el cual pone en revisión la fascinación historiográfica sobre el héroe. En una *carta a los colegas* con fecha enero de 2005 titulada *En defensa de las bases históricas de la conciencia nacional* criticaba centralmente el uso político del mismo por parte del Gobierno de Hugo Chávez pero también mencionaba los de otras épocas históricas como la del naciente régimen democrático de 1945 que “*se presentó inicialmente como la segunda independencia, ignorando, u olvidando estratégicamente, la ninguna inclinación democrática de Simón Bolívar (...) para aprovecharlo con la pretensión de continuarlo, completarlo o enmendarlo*”.

Así como los militares bolivarianos y el Pueblo habían alcanzado la Independencia en el siglo XIX, ahora los militantes *adecos* y el Pueblo obtendrían la Segunda Independencia, representación que como la de *Juan Bimba* fue utilizada durante décadas por Acción Democrática, pese a que la permanencia de los símbolos no indique necesariamente el mismo contenido de lo representado.

La Segunda Independencia en el imaginario venezolano está vinculada al nacionalismo en general, ya que está asociado a la voluntad soberana del Estado y a sus órganos de gobierno elegidos democráticamente. Incluye también de manera significativa al nacionalismo petrolero, pues la transformación social y económica de Venezuela podía alcanzarse con la mutación política que traía la democracia y con el uso adecuado de la riqueza petrolera.

Se trataba de un ingreso extraordinario en la economía venezolana a partir de 1917 cuando se exportaron las primeras remesas, más aún en 1926 cuando superó el 50% del valor total de las ventas al exterior y mucho más cuando en décadas posteriores su participación en el valor de las exportaciones llegó a representar el 90% del total.

El imaginario del nacionalismo petrolero tiene un derrotero cuyos antecedentes podrían rastrearse en los años del gomecismo, pero en honor a su origen históricamente más aceptado y a su ulterior proyección en el colectivo social, un punto de partida más adecuado es el que se inicia tras la muerte del dictador.

Efectivamente, el regreso de los exiliados y la difusión de debates sobre el futuro venezolano generaron expectativas de que el desarrollo social, político y económico podía ser viable con el uso adecuado de la riqueza petrolera, consagrándose la consigna “*sembrar el petróleo*”, tal como titulaba Arturo Uslar Pietri el artículo que al respecto

publicó el 14 de julio de 1936 en el diario *Aurora* y que se incorporó al imaginario social como un proyecto nacional.

Para sembrar el petróleo y cosechar los frutos económicos y sociales esperados se hacía necesario que el Estado recibiera una proporción mayor de una riqueza que le pertenecía y que sin embargo se apropiaban en su mayor parte las empresas extranjeras. Aunque la Ley de Hidrocarburos de 1943 establecía mayores aportes impositivos a las empresas y se establecieron límites al otorgamiento de nuevas concesiones antes que se produjera la Revolución de Octubre, los *adecos* creyeron e hicieron creer que ellos eran los verdaderos nacionalistas que lograron incrementar la recaudación y quienes realmente optaron por sembrar el petróleo, pese a que en el imaginario social la cuestión estaba cristalizando con cierta anterioridad.

Rómulo Betancourt difundía estas imágenes desde el periodismo y la literatura política, sea en el Gobierno como en el exilio, quedando como testigo de sí mismo en su conocida obra *Venezuela, política y petróleo*, publicada en 1956 en México.

El socialismo argentino se solidarizó con la Junta Revolucionaria de Gobierno por la presencia en ella de Acción Democrática, partido que asociaban con las ideas del APRA peruano, con el socialismo, la democracia y el antifascismo. Además, por estar presidida por Rómulo Betancourt, un pionero latinoamericano en oponerse al gobierno de facto instalado el 4 de junio de 1943 en Buenos Aires y especialmente a Juan D. Perón, a quien consideraba vinculado al fascismo, al nazismo, al falangismo y a las dictaduras impuestas en América Latina, tal como lo venía editorializando en *El País*, órgano periodístico partidario editado en Caracas.

El arco opositor a la coalición que dio el triunfo a Juan Domingo Perón tenía en el gobierno venezolano un aliado valioso pero paradójicamente, el imaginario de los *adecos* se aproximaba más al que cristalizaron los peronistas, ya que pese a la extrema rivalidad que siempre mantuvieron Betancourt y Perón y a las profundas diferencias ideológicas y políticas, los insumos fueron en parte semejantes.⁷

Segunda etapa (1958-1998)

Derrocado Marcos Pérez Jiménez en 1958, Acción Democrática, COPEI y la Unión Republicana Democrática firmaron el Pacto de Punto Fijo, un acuerdo de respeto

⁷ El Año Sanmartiniano, el nacionalismo, la convocatoria al Pueblo y una democracia de masas son parte

a los resultados electorales y un compromiso para consolidar la democracia que renacía luego de diez años de dictadura.⁸

A comienzos del año siguiente asumió como Presidente electo Rómulo Betancourt y hasta la actualidad, todos los que le sucedieron fueron designados democráticamente y cumplieron su mandato, excepto Carlos Andrés Pérez que acusado de corrupción quedó destituido de su segunda Presidencia por el Congreso Nacional.

La crisis del Partido URD y su oscilante ideología lo alejó del electorado y del acuerdo, de tal modo que desde finales de la década de los '60 los dos partidos mayoritarios fueron consolidando un sistema bipartidista de mutua conveniencia. En efecto, aunque COPEI tenía un origen de derecha y Acción Democrática de izquierda, ambos fueron aproximando posiciones programáticas haciendo menos perceptibles las diferencias ideológicas y más afines los intereses que representaban, pese a que los electores y militantes del segundo fueran de origen ostensiblemente más popular.

En siete elecciones presidenciales convocadas entre 1958 y 1988 triunfaron cinco candidatos del Partido Acción Democrática y dos del Partido Social Cristiano COPEI, concentrando en promedio el 80% del electorado y más del 70% en las legislativas y municipales. En los procesos electorales posteriores ninguno de los dos partidos políticos volvieron a gobernar ya que Caldera no fue candidato de COPEI cuando obtuvo su segundo mandato en 1993.⁹

El paso de una democracia de partidos a un virtual bipartidismo no parecía generar riesgos al sistema político, como tampoco el desplazamiento del Partido como Partido de Gobierno, lo cual era una situación inédita y menos previsible. Tal fue el caso en la primera Presidencia de Carlos Andrés Pérez y en los sucesivos Gobiernos que actuaron independientemente de sus propios partidos y en algunos casos con la oposición de ellos. Así sucedió con su sucesor Luis Herrera Campins cuando su Partido, el Partido Social Cristiano COPEI, se opuso a algunas medidas desregulatorias de raíz neoliberal terminando su mandato en total soledad y con el grado de disconformidad más alto del todo el período democrático anterior. Esta tendencia se profundizó más

de esas semejanzas.

⁸ Aunque excluían a los comunistas éstos podían funcionar libremente mientras no atentaran con el orden democrático como efectivamente se los consideró al incorporarse a la lucha armada.

⁹ Hasta 1999 los mandatos duraban cinco años y no había reelección inmediata. Las elecciones se realizaban a finales de año y a comienzos del siguiente asumía el nuevo gobierno. Rómulo Betancourt (AD, 1959-64); Raúl Leoni (AD, 1964-69); Rafael Caldera (COPEI, 1969-74); Carlos Andrés Pérez (AD, 1974-79); Luis Herrera Campins (COPEI, 1979-84); Jaime Lusinchi (AD, 1984-89); Carlos Andrés Pérez (AD, 1989-93); Gobierno Provisorio (1993-94); Rafael Caldera (CN, 1994-99).

aún, llegando a su máxima expresión durante el segundo Gobierno de Pérez.

Otro síntoma del deterioro democrático fue el creciente desinterés ciudadano en participar como electores. En las elecciones de 1978 cuando resultó electo Luis Herrera Campins la abstención fue del 12%, deserción significativa y creciente en términos comparativos. En efecto, cuando Carlos Andrés Pérez fue electo en 1973 la abstención fue del 3.48%; en su segunda elección en 1988 la abstención superó el 19%. Rafael Caldera ganó por primera vez en 1968 con una abstención del 3.27 %, en tanto que al ser nuevamente electo en 1993 se abstuvo el 39.84%. Además, en las elecciones regionales y locales de 1989 y 1992 la abstención rondó el 60% del electorado es decir que la crisis de la participación ciudadana es anterior al triunfo de Hugo Chávez, situación que no podido ser revertida.

En década del '60 los peligros que se percibían vulnerando la democracia eran considerados externos a ella. O lo formaban rezagos de la anterior dictadura vinculados a miliares golpistas y a grupos empresariales minoritarios por un lado, o al accionar de grupos también minoritarios pero muy activos enrolados en la insurrección armada de orientación castrista. Ambos peligros estaban controlados en la década del '70 y la democracia venezolana mostraba al mundo su viabilidad en un subcontinente donde prevalecían dictaduras implacables.

Durante la primera Presidencia de Caldera se finalizaron las tratativas par dar fin a una década de violencia y ante su propuesta de pacificación, la mayoría de los grupos armados la aceptaron dando inicio así a una nueva etapa de la democracia venezolana. En efecto, sin amenazas revolucionarias ni golpistas por un lado y por el otro, con mejores perspectivas de ingreso petrolero, la década de 1970 parecía ser la más promisoría del período, más aun cuando se triplicó el precio del petróleo en 1973 y tres años más tarde se aprobó su nacionalización.

En esa década el precio del petróleo se triplicó tres veces, augurando un bienestar rentístico generalizado y además, un presidente socialcristiano entregó el mando a un adeco y éste luego nuevamente a un socialcristiano. La cosecha petrolera y la alternancia democrática parecían no tener fisuras.

La década del '80 fue menos generosa pues por un lado, el precio del petróleo no se mantuvo e incluso hubo una considerable tendencia a la baja y por el otro, el deterioro democrático comenzó a ser percibido por distintos sectores de la sociedad venezolana incluyendo el propio Gobierno, aunque las medidas al respecto no indican

que hayan estado acordes a las exigencias del caso ni que fueran instrumentadas para ese fin.

Efectivamente, al asumir Jaime Lusinchi en 1984, la presión de grupos económicos y políticos locales e internacionales para la llamada Reforma del Estado tenía una inocultable intención de matriz neoliberal y fue en ese contexto que el Gobierno hizo dos convocatorias para un mismo fin. Por un lado impulsó el llamado Pacto Social por el cual eludió por dos años la presión sindical por aumentos salariales y por el otro creó la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado con la finalidad de que se generaran propuestas consensuadas de ajuste. Ambas iniciativas eran socialmente restrictivas y se pensó compensarlas con reformas políticas que algunos grupos consignaron como “más y mejor democracia” y que más sinceramente expresaron burócratas del Gobierno al afirmar que “si ya no se puede repartir riqueza, es necesario repartir poder político”.

En realidad, esta Comisión elaboró propuestas sobre Reforma del Estado y sobre reformas políticas, siendo las más significativas la elección directa de gobernadores y alcaldes tal como estaba previsto en la Constitución Nacional de 1961, descentralización administrativa y voto uninominal. Pero su mayor labor estuvo orientada a asesorar sobre la llamada apertura económica, asesoramiento que fue recogido por el siguiente gobierno de Acción Democrática presidido por Carlos Andrés Pérez a partir del 5 de febrero de 1989.¹⁰

Las duras medidas económicas impuestas por el nuevo Gobierno de Carlos Andrés Pérez y la imposición de políticas de corte neoliberal provocaron un gran impacto en la población de menores recursos y el día 27 del mismo mes se produjo la sublevación popular conocida como *Caracazo* cuando la agitación social fue potenciada por la desmedida represión que generó centenares de muertos y una cuantiosa pérdida de bienes.

El desprestigio de los partidos políticos, el descontento popular por las medidas de ajuste, las pugnas internas entre dirigentes de un mismo partido y otros ingredientes propios de la crisis fueron agravando la situación, tal como fue el frustrado golpe del 4 de febrero de 1992 dirigido por el entonces Teniente Coronel Hugo Chávez Frías.

¹⁰ La Constitución de 1961 que poco conservaba de la de 1947, dejó pendiente la elección de los Gobernadores y los Alcaldes, quienes continuaron siendo designados por el Presidente de la Nación hasta tanto se aprobara ley que deberían dictar al respecto ambas Cámaras.

Hugo Chávez fue a la cárcel al fracasar en su intento e igual destino tuvo al año siguiente Carlos Andrés Pérez al ser destituido por el Congreso y juzgado por corrupción.

Completado el mandato por Ramón J. Velásquez designado por el Congreso se llamó a elecciones en el tiempo constitucional establecido, triunfando Rafael Caldera en oposición a su propio Partido con la llamada Convergencia Nacional (1994-1999).

El descrédito de los partidos políticos, los efectos de las políticas neoliberales, la corrupción y la incapacidad de reconstruir un imaginario alternativo aceleraron la caída de los restos del puntofijismo, pese a los ineficaces amagues que se llevaron a cabo en la década del '80, como ya se mencionó.

Al iniciarse la década del '90 se percibía con mayor preocupación la crisis política aunque el diagnóstico no permitía advertir la gravedad de la misma. Se consideraba que el Pacto de Punto Fijo debía ser superado y aunando con coincidencias entre los partidos políticos se remozaría el sistema. Así fue como en 1990 se firmó el Pacto por la Reforma entre la mayoría de partidos políticos con representación parlamentaria, con la finalidad de democratizar el sistema político y la propia estructura de los partidos, pero estos intentos destinados al fracaso fueron en realidad el anuncio de una crisis final.

Tanto el imaginario de la democracia de partidos como el bipartidismo conformado al iniciarse la década de 1970 transmutaba la relación Partido-Pueblo-Gobierno que como imagen se había pretendido difundir durante la llamada Revolución de Octubre de 1945 cuando la concurrencia masiva era precisamente, el fundamento de una democracia de masas.

El nuevo imaginario de la democracia reinstaurada en 1958 recorrió un itinerario cambiante, ya que de la democracia de partidos se pasó a la democracia bipartidista, de ésta a la democracia de Gobierno sin partido y finalmente a partidos sin electores, anuncio de una crisis sin retorno.

Pero los imaginarios tienen su propia dinámica. No cambian con la misma celeridad de los acontecimientos sino que se adecuan a ellos adaptando viejas representaciones a nuevas situaciones, tal como es el caso del imaginario de la democracia y de las representaciones que hemos asociado en este análisis.

El empobrecimiento de amplios sectores sociales y el desmedido enriquecimiento de otros más restringidos, incluyendo funcionarios y políticos, generaron un gran resentimiento que vulneró las bases de la democracia al ser identificados como responsables los partidos políticos, proceso que como vimos fue prolongado y se retrotrae varias décadas.

Aunque no sea privativo del mismo, democracia y voluntad popular son infaltables en la construcción imaginaria del sistema político venezolano y una de las maneras como el electorado demostró su resentimiento fue precisamente dejando de ejercer ese derecho, de allí el contenido simbólico de una abstención electoral creciente.

El colapso del bipartidismo no pudo ser superado por la nueva alternativa diseñada por Rafael Caldera mediante la llamada Convergencia Nacional, pues aunque su triunfo en 1993 creó nuevas expectativas, el ulterior fracaso de su gobierno dejó al desnudo una crisis de representación de gran alcance y difícil solución.

La sociedad no se sentía representada en los restantes partidos políticos ni en la eventual transición ofrecida por Caldera, vacío que fue bien aprovechado por Hugo Chávez en su campaña hacia el poder ante la carencia de alternativas. La ausencia de dirigentes con atributos creíbles para la sucesión presidencial era tan ostensible que el candidato que parecía ser más probable era la Alcaldesa Irene Sáez, ex miss universo 1981 que en 1996 alcanzaba el 49.2% de popularidad frente al 7.3% de Hugo Chávez.

La forzada relación entre Bolívar y la democracia venía aplicándose desde la primera etapa estudiada en este ensayo y continuó aún con mayor énfasis en esta segunda que se inicia con el retorno a la democracia en 1958. Siendo el símbolo fundacional de la nacionalidad venezolana y artífice de la Independencia, no podía faltar su vinculación con la recurrente Segunda Independencia.

Como ya se indicó anteriormente, la Segunda Independencia evocada por Acción Democrática como expresión nacionalista había recorrido un camino sinuoso. Se la asociaba al petróleo como riqueza que debía ser administrada por los venezolanos cuando aun no se proyectaba su nacionalización, pero también a las grandes decisiones políticas como la Reforma Agraria. Cuando en 1960 los líderes de esos partidos y el Gobierno proclamaron la Reforma Agraria, lo hicieron en Campo de Carabobo, llanura donde en 1821 se libró la batalla que dio la independencia a Caracas y el hecho fue mencionado precisamente como Segunda Independencia por Rómulo Betancourt.

Durante el primer Gobierno de Carlos Andrés Pérez la Segunda Independencia incluía bastante más, tal como era la nacionalización del hierro y del petróleo, la solidaridad continental de imitación bolivariana y el conjunto de imágenes políticas que difundía. Con poder político y cuantiosos ingresos fiscales exhibió un proyecto pomposo que llamó Gran Venezuela, afianzaba la Segunda Independencia y por supuesto revaluó el procerato venezolano en general y el bolivariano en particular, llegando a modificar parte de su aspecto personal en búsqueda de semejanzas simbólicas.

Bolívar en la vida cotidiana de los venezolanos constituye un potente imaginario social que protege, vigila, educa, sanciona. En la nominación de plazas, avenidas, centros culturales, centros urbanos, la omnipresencia bolivariana no deja espacios libres. Incluso, da nombre a la moneda venezolana que durante décadas soportó incólume los avatares económicos y financieros que soportaron otros países latinoamericanos. Todo un símbolo hasta que el 18 de febrero de 1983 se desató la crisis que provocó su devaluación, el recordado viernes negro.

En octubre de ese mismo año finalizaba el período más cruento de la historia argentina del siglo XX, protagonizado por la dictadura militar que usurpó el poder entre 1976 y 1983. Aún en las condiciones descritas anteriormente, la democracia venezolana demostraba ser la más imitable de Sudamérica. En realidad la única que convenía seguir, según creían algunos dirigentes políticos argentinos que presionaban sobre el gobierno militar cuando crearon en 1981 la llamada multipartidaria y en marzo del año siguiente se entrevistaron con Carlos Andrés Pérez, genuino representante del Pacto de Punto Fijo cuyos resultados deslumbraban más de un político argentino como a Raúl Alfonsín, quien en diversas ocasiones mencionó el Pacto de Punto Fijo y el Pacto de La Moncloa como instrumentos útiles para la consolidación de la democracia en la Argentina postdictatorial.

Al producirse el Caracazo y tres años más tarde el intento golpista la mirada argentina sobre la democracia venezolana era menos confiable. El diario *La Nación*, uno de los más importantes medios que difunden el pensamiento hegemónico argentino, el 4 de marzo de 1989 editorializaba sobre los trágicos acontecimientos de Caracas bajo el título *Muerte y caos en Venezuela* alertando sobre los peligros que acechaban a la democracia.

Entre el levantamiento militar protagonizado por Hugo Chávez en 1992 y el indulto otorgado por Rafael Caldera en 1994 no se previeron nuevos intentos y mucho menos un proyecto político de largo aliento por parte del ex militar insurrecto, aunque preocupó en ámbitos políticos argentinos sus contactos con algunos militares que había conspirado contra los Gobiernos de Alfonsín y de Menem.

Rafael Caldera había agotado su crédito político en los dos últimos años de Gobierno, habiendo cedido a la presión parlamentaria y negociando con los partidos tradicionales, lo cual fue percibido como que su Gobierno que no garantizaba las transformaciones esperadas.

Tercera etapa (1998-2005)

En abril de 1997 Hugo Chávez y sus seguidores habían decidido alcanzar el poder por la vía electoral creando el Movimiento V República y con el apoyo de partidos de izquierda vencieron a una coalición variopinta que incluía a los referentes del anquilosado bipartidismo cuyo candidato Enrique Salas Röemer era un ex socialcristiano que en realidad representaba *más de lo mismo*.

Previendo resultados adversos ante el avance en las encuestas de la candidatura de Hugo Chávez el Congreso había separado las elecciones presidenciales de las legislativas adelantando éstas al mes de noviembre para evitar el posible efecto de arrastre. Acción Democrática obtuvo el 24% de los votos emitidos y COPEI el 12%, muy lejos del 80% que sumaban diez años atrás, siendo un anuncio de lo sucedería en la contienda por la Presidencia.

Las elecciones del 6 de diciembre de 1998 demostraron que la democracia venezolana continuaba vigente, pero que los partidos políticos que la habían sostenido sufrían un quebranto de difícil superación. Hugo Chávez resultó vencedor con el 56,44% de los votos emitidos, habiéndose abstenido de votar el 36.55% del electorado, situación que se incrementó aún más en las contiendas posteriores pero desde el punto de vista estrictamente electoral el resultado era claro y no hubo dudas para los observadores.

Inmediatamente que se produjo el triunfo electoral se generalizó un alto grado de aceptación, generándose una expectativa que se reflejó en los medios de comunicación e

incluso en la relación inicial con Estados Unidos que mejoró su trato con el ahora electo Presidente.

El 2 de febrero de 1999 Hugo Chávez recibió la banda presidencial del Presidente del Congreso Nacional pues Caldera se negó a tomarle el juramento de rigor, el cual Chávez hizo *sobre esta Constitución moribunda*, peculiar manera de manifestar su decisión de reformarla, como efectivamente se hizo.

La disputa por la Presidencia lo llevó a confrontar con candidatos que difícilmente podían generar confianza para convocar al votante absentista. En efecto, Enrique Salas Röemer ya se dijo, era *más de los mismo*; en la elección del año 2000 compitió con Francisco Arias Cárdenas, un oficial que había participado del intento golpista de 1992 y en el año 2006 enfrentó a Manuel Rosales, Gobernador del Estado de Maracaibo y ex adeco que difícilmente podía aglutinar a la oposición en otras jurisdicciones.¹¹

En síntesis, Hugo Chávez puso en juego la Presidencia de la Nación en cuatro oportunidades entre 1998 y 2006. La primera, en las elecciones de 1998 mencionadas; la segunda, en 2000 cuando se disputaron todos los cargos electivos en el marco de la nueva Constitución; la tercera en 2004, cuando se llevó a cabo el referendo revocatorio petitionado por la oposición y el cuarto, cuando fue reelecto en 2006. Un verdadero récord latinoamericano, consecuencia de lo establecido por la nueva Constitución que a la vez, obtuvo su propio récord.

En efecto, la Constitución de 1999 permitió que todos los cargos incluyendo el de Presidente sean sometidos a elección, incluyó el artículo 72 que establece el referendo mediante el cual se habilitaba al electorado a revocar el mandato presidencial y autorizó la reelección inmediata. A la vez, esta nueva Constitución había requerido tres consultas populares en el año 1999. En abril, cuando mediante el referéndum convocatorio se consultó al electorado si estaba de acuerdo en reformar la Constitución; en julio, cuando se realizó la elección de Constituyentes y en diciembre cuando mediante el referéndum aprobatorio se consultó la aceptación o rechazo de la nueva Carta.

¹¹ Otro pretendiente para llegar a la Casa de Gobierno conocida por el nombre Miraflores fue el malogrado Pedro Carmona que mediante el golpe de estado de abril de 2002 ocupó la Presidencia por cuarenta y ocho horas con apoyo del gran empresariado, de la Iglesia, de los medios de comunicación y de un sector de la Fuerza Armada, pero que no logró un apoyo mayoritario entre la ciudadanía enrolada en la oposición.

Modificar la Constitución de 1961 tenía como objetivo cambiar radicalmente la relación entre la sociedad civil y el Estado, intención que nunca ocultaron los que llamaron a su movimiento político precisamente *V República* y a la vez adecuar al momento, viejas representaciones simbólicas. Por una lado, la propia Constitución cuando su texto es citado en los discursos oficiales o cuando es exhibido en la mano del Presidente en su forma editada de tapa azul.

Por el otro, al cambiar el nombre del país por *República Bolivariana de Venezuela* y considerarlo como un *Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia* realza el imaginario social invocando al mito indiscutible de la nacionalidad venezolana y define cualidades deseables de la organización estatal. A la vez, al impulsar una democracia social y participativa potencia el contenido simbólico de la democracia en el imaginario político.¹²

El culto a Bolívar, que como hemos visto ha sido una constante en la historia venezolana desde mediados del siglo XIX, adquiere ahora una nueva dimensión. *Bolivarianos* son los adeptos al Gobierno y son *bolivarianos* los llamados Círculos formados por militantes que lo apoyan.

La denominación *bolivarianos* dada a los seguidores del gobierno constituye la formación de una identidad que excluye al resto de los venezolanos. La disputa por el héroe ha generado una reacción iconoclasta en sectores de la oposición que si bien puede coadyuvar a encuadrar historiográficamente a Simón Bolívar como debería ser, facilita la entrega del mito a la parcialidad de la sociedad adepta al Gobierno.

Los opositores a los *bolivarianos* son denominados despectivamente *escuálidos* y los que no toman posición definida se los llama irónicamente *ni-ni*, constituyéndose así una peculiar identidad tripartita en la sociedad venezolana actual.

Chávez parafrasea a Bolívar en cada acto de su accionar político, tanto cuando confronta con el Gobierno de Estados Unidos como cuando fundamenta su política exterior con los países latinoamericanos, pese a que el acercamiento a Bolivia, Ecuador, Argentina o Brasil se deba a coyunturas más específicas de la actualidad.

¹² La Constitución introduce cambios contradictorios tales como implantar un sistema unicameral y sostener el federalismo; incrementar el mandato presidencial a seis años y permitir la reelección pero a la vez incluir la cláusula revocatoria del mandato que puede reducirlo a la mitad; reconoce importantes derechos a la ciudadanía pero establece fueros que benefician corporativamente a la Fuerza Armada; impulsa una democracia participativa y al mismo tiempo incrementa el poder presidencial.

La democracia como imaginario social también sufrió una resignificación, pero con más permanencias que cambios, ya que las interpretaciones al respecto resultan encontradas al momento de la verificación de su real aplicación más que en la valoración de la misma.

Es indudable que todos los cargos electos lo han sido en elecciones libres. Las opiniones en contrario son de diverso origen y muchas de ellas tienen como voceros a protagonistas interesados de la oposición al Gobierno, por lo cual podrían ser menos atendibles. No obstante no deja de llamar la atención la presencia de numerosos militares en cargos de gobierno, tanto electivos como administrativos. Por otro lado, es sabido que la democracia por sí misma no resguarda del peligro autoritario.

Los procesos electorales y los referendos convocados desde 1998 hasta la actualidad dan cuenta de una recurrente práctica que ha dado al Gobierno de Chávez una legitimidad poco cuestionable como no sea por la opinión interesada de la oposición y por la más incontestable magnitud de la abstención.

La abstención electoral comprueba que la crisis de representación no ha quedado resuelta, tal como lo indican los resultados de las elecciones que se realizaron antes y después de 1998, profundizándose la brecha que separa a la sociedad civil del poder estatal.

Para algunos, el alto grado de abstención demuestra la ilegitimidad del Gobierno; para otros, que los partidos políticos opositores no convocan a la ciudadanía, es decir que la abstención los deslegitima a ellos. En realidad, una abstención que oscila entre un 40% y un 60% es un síntoma de degradación democrática que tiene responsables en ambos contendientes.

Viejos símbolos del imaginario venezolano adquirieron una significación adecuada a los tiempos de Chávez y sus seguidores quienes exhibían la aparente autoridad de considerarse continuadores del pensamiento del Libertador Simón Bolívar, de su maestro Simón Rodríguez y de Ezequiel Zamora, un caudillo popular del siglo XIX cuyo lema era *Tierra y hombre libres*. Para Chávez la nacionalidad venezolana está sustentada en esta trinidad que llamó *el árbol de tres raíces*.

Otro personaje que la ficción y la comprobación histórica no siempre están de acuerdo es Pedro Pérez Delgado apodado *Maisanta*. Sea en la versión de guerrillero que en los primeros años del siglo XX luchaba contra la dictadura de Gómez o en la del bandido que cambiaba de partido según le convenía, lo cierto es que para Chávez siendo

su bisnieto la primera interpretación le resultó más adecuada. Más aún, habiendo descubierto que *Maisanta* era hijo de un oficial de Ezequiel Zamora, el nuevo héroe lo vinculaba ancestralmente con las luchas populares.

El Pueblo, representado en el simbólico Juan Bimba está siendo reemplazado por otro personaje de la literatura creado por el escritor Alberto Arvelo Torrealva, autor de *Florentino y el Diablo*, payada o contrapunteo de origen folclórico que se pretende reinterpretar como la lucha entre el bien y el mal y adecuar a las nuevas representaciones. Se trata como en los restantes casos de adecuar representaciones del imaginario social y político a las condiciones políticas del momento y así sucede también con el nacionalismo petrolero.

Luego del triunfo electoral del año 2000 se fue radicalizando la oposición al Gobierno llegando en tres casos a intentar el desplazamiento de Hugo Chávez. Los dos primeros, el Golpe de Estado del 11 de abril de 2002 y la huelga petrolera del 1 de diciembre de 2002 al 2 de febrero del año siguiente, tuvieron carácter conspirativo. El tercero fue la gran batalla de la oposición para que se convoque al referendo revocatorio y obviamente lograr la mayoría necesaria para el alejamiento del Presidente y el llamado a elecciones. Esta vía, totalmente institucional pues está contemplada en la Constitución, se llevó a cabo el 15 de agosto de 2004 logrando un triunfo incontrastable.

Aunque estos tres intentos fueron una considerable demostración de fuerza por parte de los adversarios del Gobierno, la salida airosa del mismo en las tres oportunidades debilitó y dispersó a la heterogénea oposición.

Con los contundentes triunfos políticos, que por supuesto incluyen los electorales que le ha dado el control de los órganos de gobierno y la cuantiosa renta petrolera el *chavismo* fue diseñando un nuevo imaginario que si bien no es el de toda la sociedad venezolana, lo es de sus seguidores que se han apropiado y redefinido el imaginario de la democracia y de sus representaciones más emblemáticas, ejerciendo una hegemonía no definitiva pero por ahora creciente.

El Gobierno de Hugo Chávez ha sabido contrarrestar exitosamente el accionar opositor de los medios de comunicación social, sea a través de publicaciones adictas o en programas televisivos de gran impacto como *Aló Presidente* en el cual proyecta la imagen de estar contacto con el Pueblo, sin olvidar los prolongados y doctrinantes discursos en los cuales hace un hábil uso del conjunto de representaciones del imaginario venezolano.

En su alocución Chávez puede citar a Jesús, a Bolívar, a Perón, al Che Guevara, a Mao Tse Tung o a Marx en una amalgama que puede tener tres destinatarios distintos como pueden ser el bolivariano, el escuálido y el ni-ni. Puede ser confrontativo, conciliador o ambos a la vez. Puede en definitiva, integrarse con aparente eficacia al nuevo imaginario de la democracia venezolana.